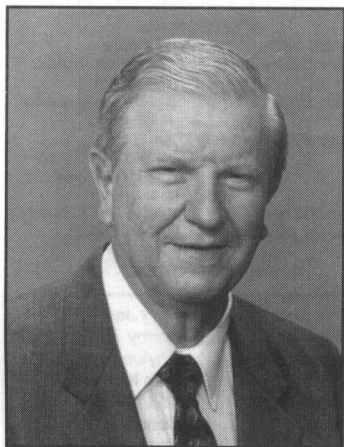




NUNCA TE RINDAS

J.C. CHOATE
EDITOR EN JEFE

El mundo está repleto de maldad (1 Juan 5:19). La oscuridad está en todos lados. Todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios. El hombre por lo tanto está perdido y sin esperanzas. Satanás es el príncipe de este mundo y

controla a las masas.

Toda la corrupción y la maldad en el corazón del hombre tuvo su origen en Satanás — el diablo, el malvado — a quien se lo describe como mentiroso y engañador (Juan 8:44). Siendo que la mayoría se entrega a diferentes pecados y maldades, y cosecha las consecuencias de los mismos, ¿es de extrañarse que haya tanta guerra, crimen, dolor, y tristeza en el mundo?

Aún en **Estados Unidos**, el lugar que una vez fue llamado “una nación cristiana,” las maldades del pecado reinan de manera suprema. La mitad de los matrimonios terminan en divorcio. Una cuarta parte de todos los nacimientos son ilegítimos. La violencia y el abuso han llegado a ser factores comunes en estos hogares quebrados. A través de la desintegración del hogar y de los valores familiares, el mismo tejido de la nación se ha malogrado y seguramente va a desintegrarse a no ser que el cambio llegue pronto.

Pero **América** no es la única nación con problemas críticos. Por todo el mundo, el pecado reina en el hombre, en la vida social, en la familia, en la religión, en la política, y en los asuntos de negocios. El hombre tiene hambre de poder. La corrupción y los sobornos se aceptan como algo necesario. Las guerras surgen en medio de las naciones y entre naciones, resultando en opresión de los débiles en manos de los fuertes. Esto a menudo causa hambre, muerte, destrucción, y el anhelo por la paz que a duras penas se encuentra.

Aún el mundo religioso está corrupto. Hay muchas religiones falsas, con numerosos falsos maestros (Mateo 24:24). La mayoría obedecen doctri-

nas y mandamientos de hombres, y su adoración a Dios es en vano. La gran mayoría se encuentra en el camino ancho que lleva a la destrucción eterna.

Con todo lo que está mal en este mundo, sería fácil desanimarse, confundirse, y rendirse a Satanás y su ejército masivo. Quizás uno sienta, “¿Qué importa? Las fuerzas en contra nuestra son demasiado grandes. Eventualmente, después de toda la lucha, vamos a perder.”

Pero aún hay esperanzas.

El Dios del cielo es más grande que el dios de este mundo. Aunque la humanidad estaba perdida y era de poco mérito, el Creador eterno tuvo misericordia y envió a Su Hijo a este mundo a morir en la cruz en lugar del hombre pecador, para que los obedientes fueran salvos. A través de Cristo podemos conocer el perdón de nuestros pecados, y El nos añadirá a su familia, la cual también se describe como un ejército que lucha una guerra espiritual con el príncipe de las tinieblas y todas sus fuerzas.

Aunque algunos describen a la vida cristiana como una vida difícil, ofrece mucho más de lo que Satanás ofrece. Podemos estar entre la minoría, pero tenemos la promesa del Señor de que El siempre estará con nosotros (Mateo 28:20). Tenemos un Padre a quien clamar por ayuda. Tenemos a nuestros hermanos, soldados compañeros, para

unirse a nosotros en nuestra oposición al mundo. Tenemos la Palabra de Dios para guiarnos, y todas las bendiciones espirituales en Cristo para sostenernos. Por sobre todas las cosas, tenemos la esperanza de una vida eterna en aquel nuevo mundo donde estaremos para siempre con el Señor.

Mi ruego, entonces, para todos nosotros, es que nunca nos demos por vencidos, o nos rindamos ante el Malvado. Debemos recordar: tenemos la promesa del Señor de que al final seremos victoriosos. No importa cuánto sufrimiento o dolor experimentemos en esta vida, y más allá de los desafíos que debamos enfrentar y las batallas que tengamos que luchar, aún así, el cristiano tiene la seguridad de la victoria. Nunca debemos olvidar eso.

Por lo tanto, debemos mantenernos puros, permanecer devotos, continuar defendiendo a Dios y su verdad, predicar Su evangelio al mundo, adorarle fielmente, y servirle siempre. El nos bendecirá y ayudará, aún en los desafíos diarios de esta vida física; y en el mundo por venir, El ha prometido un hogar eterno con El (Apocalipsis 2:10). El apóstol Pablo dijo, “*Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse*” (Romanos 8:18).

Con todo esto, decimos en el nombre de Cristo: Amén y amén. †